

Reseña

Carlos Pereda, *La filosofía en México en el siglo XX. Apuntes de un participante, México, DPG-Conaculta, 2013.*

Roberto Sánchez Benítez¹

*¡Así, de pronto, se nos proponen indígenas que cantinfllean
la jerga del idealismo alemán y suspiran contra
la universalidad de los derechos humanos!*

Carlos Pereda

El doctor Carlos Pereda entrega unos apasionantes y nostálgicos “apuntes de un participante” sobre la historia de la filosofía en México en el siglo XX. Libro lleno de sorpresas, revelaciones, información sobre primeras traducciones y destacadas figuras de los estudios filosóficos en nuestro país. Nos enteramos, entre muchas otras cosas que bien valdría la pena seguir profundizando para un mejor entendimiento de la historia de la filosofía y la cultura en México, que Ignacio Manuel Altamirano ya exponía a Kant, Fichte, Schelling y Hegel en sus cátedras de Historia de la Filosofía en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ahí donde estudió Justo Sierra, fundador de la UNAM; que Rubén Darío es el primer latinoamericano en escribir sobre Nietzsche en 1894; que es muy probable que Vasconcelos creara el slogan maderista de “Sufragio efectivo, no reelección” (aunque otra versión lo hace derivar del abuelo de Octavio Paz, don Irineo Paz²), y que, en contra de la mala fama que tiene por acá (gracias a una frase que nunca se ha podido comprobar que haya sido suya), Vasconcelos vivió en carne propia la discriminación norteamericana, ya que cruzaba a diario la frontera para ir a la escuela, además de que “opuso la riqueza cultural de México a la cultura sajona”; que los del Ateneo de la Juventud ya leían a Platón, Kant, Shopenhauer, Nietzsche, Bergson, Boutroux, Croce y James, aunque no supieran alemán; que Samuel Ramos asistió a conferencias en París dictadas por Bergson; que María Zambrano no quiso dar unas conferencias sobre Ortega y Gasset, en la Habana en 1940, porque le dolía todavía su supuesta filiación franquista; que Gaos fue el último rector de la Universidad ahora Complutense de Madrid antes del franquismo; que el *Capital* de Marx fue traducido por Wenceslao Roces en 1946 en el FCE, siendo

1- Dr. en Filosofía, especialización en Filosofía y Literatura, mexicano, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-ICSA, moreliahegel@yahoo.com.mx

2- Dominguez Michel Christopher, Octavio Paz en su siglo, México, Aguilar, 2014, p. 28.

la primera traducción al español; que a su llegada a México, Adolfo Sánchez Vázquez fue invitado por Octavio Paz para publicar poemas en la revista *Taller*; que el notable Carlos Pereyra sólo vivió 48 años, que don Antonio Gómez Robledo escribió sobre Dante, Santo Tomás y Edith Stein; que Luis Villoro, Alejandro Rossi, quien asistió a cursos con Heidegger, y Fernando Salmerón, introdujeron la filosofía analítica en nuestro país a raíz de una crítica a la fenomenología; en fin, que el querido Ramón Xirau es un "seductor de los rincones", y que mucha de nuestra crítica literaria se ha convertido en un "verdadero odio al pensamiento, a las ideas", variante de la "vieja tradición del antiintelectualismo hispánico" (345).

El libro se encuentra dividido en cuatro partes, su recorrido inicia en lo que Pereda llama los "refundadores" de la filosofía en México (Caso, Vasconcelos), pasando por los transterrados, la "época de los grandes bloques" (el neotomismo, la metafísica tradicional, la fenomenología, la historia de las ideas latinoamericanas, los marxismos y neomarxismos, la hermenéutica de cuño heideggeriano y la filosofía analítica), seguido por la del "archipiélago", muy al estilo de como se autonombraban los Contemporáneos, además de incluir algunas entrevistas que realizó a destacados filósofos mexicanos, y de conversaciones sobre sus libros, para finalizar con notas sobre autores y obras recientes en el ámbito filosófico, junto con una crítica interesante sobre la enseñanza y el quehacer de esta disciplina en nuestro país. A lo de apuntes "apasionantes" y "nostálgicos" debemos agregar, sin duda, el de "incitadores" o provocadores en el sentido de continuar y profundizar algunos de los aspectos que deja como tarea pendiente (sea el caso de la llegada e influencia de la filosofía francesa en México en el siglo XX, tal como se realiza, en el libro, el recuento de la alemana o anglosajona). Sólo que, como insiste el autor, tales tareas, aún la más mínima para encarar las labores cotidianas de la enseñanza de la filosofía, requieren de la comunicación, discusión, diálogo entre quienes se dedican a ello. Triste comenta la manera en que, en efecto, en México los filósofos no se leen entre sí y ni siquiera saben lo que está haciendo el compañero de cubículo; tales son algunos de los síntomas de lo que agudamente denuncia como "capillismos", "colonialismo filosófico", "fervor sucursalero": formas de no-pensar que se traducen en una "administración de franquicias" (referidas a los autores de moda) que supone una "lógica de adhesiones" incondicional y que, al final, puede resumir la vida, producción, trayectoria e importancia de cada filósofo. Podríamos imaginar algunos epitafios notables: "Vivió y murió por la filosofía pura", "Aquí yacen los restos de quien nunca quiso ser hegeliano", "Prefirió la nada antes que ser auténtico", "Nunca se le vio coquetear con los troskistas y fue más bien un impulso que una realización plena", etc. Un vasto cementerio de comentaristas, exégetas, parafraseadores, balbuceadores, voceros, calcas caricaturescas de la idea de que es mejor la peor filosofía que el pensamiento cósmico irreverente pero prehispánico. Extrañas tendencias ajenas a la creatividad, a la formulación de argumentos e ideas relevantes para un contexto como el nuestro y que bien pudiéramos asimismo resumir bajo el lema de "yo soy yo y mi corriente o autor de moda".

No solamente se debe intentar llevar a cabo un censo o fichas enciclopédicas de los profesionistas de la filosofía en nuestro país, a través de sitios en internet, por ejemplo, sino seguir denunciando la desaparición de planes y programas de humanidades en la educación media y media superior tanto en nuestro país, como en América Latina y Europa. Atentados a la libertad de las ideas, de crítica y análisis infringidos por una razón de estado que nos quiere ignorantes, desinformados y acrílicos. El Dr. Pereda deja la posibilidad de entender esta razón --que es en realidad una cerrazón, privación y privatización de la educación--, al lado de la "razón arrogante", "cínica", y plantear otra de carácter "poroso", de nuevos

estímulos para un ejercicio del pensar que tenga en la argumentación su mejor norte. Se trata de la determinación de problemas y la forma en que las disciplinas puedan contribuir entre sí a resolverlos, junto con una apertura a consideraciones cotidianas y hasta personales. Como lo señala el autor, hay que volver a la razón porosa que incluye "tanto al mundo de la política, a las investigaciones de las ciencias o al desarrollo de las artes, como a las vicisitudes de la vida personal, incluyendo la vida afectiva" (17). Pero además, tener muy en claro que "la cualidad de 'ser filosófico' sólo requiere fidelidad a la imaginación centrífuga, teórica y práctica, y producción de pensamiento razonado, a la vez, lúcido, disruptivo, anómalo y, ante todo, repudio a la razón arrogante que se alimenta del desprecio de todo lo que no importa a la tribu, o, a lo que es peor todavía, de todo lo que no es capaz de entender" (375). Prácticas de la argumentación que suponen la cercanía del semejante, al menos el colega que tengo al lado, y no la sombría y fantasmal discusión de los ausentes de una soñada "paz perpetua" o de vanas "sesiones de espiritismo" (385). Actitud y modo de razonar que supone un "arte de interrumpirse: de dudar, de matizar, incluso de poner entre paréntesis, aunque no sea más que provisoriamente, nuestras muy arraigadas presunciones de comprensión, de verdad y de valor" (387). La razón porosa plantea un ejercicio de "formular continuos de preguntas críticas, preguntas de comprensión, de verdad y de valor, y de estar dispuestos a responderlas con razones, o con esas articulaciones más o menos complejas de razones que son los argumentos" (387). Atreverse a salir del páramo del "desamparo", de la soledad laberíntica en la que pacianamente nos hemos confinado, de la incertidumbre y la duda metódica para convertir todo ello en "ejercicios de rigor y de libertad".

Podríamos concluir esta breve nota recordando aquí lo que alguna vez Kant sostuvo a propósito de las Facultades de Filosofía en las Universidades: "La facultad de filosofía, puesto que ella debe garantizar la *verdad* de las enseñanzas que ella debe recibir o simplemente otorgar es en tanto tal considerada como libre y sumisa únicamente a la legislación de la razón, no a la del gobierno." Como tampoco debemos olvidar el severo diagnóstico que alguna vez hiciera Martha Nussbaum sobre el peligro que enfrentan las Humanidades en nuestro tiempo: se trata de una "crisis silenciosa", en razón de que avanza subrepticamente, sin mucho escándalo, pero con un gran impacto político. Con ello se han erosionado nociones como libertad y justicia, esenciales a la democracia. El libro del doctor Pereda apunta a reconsiderar la rica e impercedera aportación de quienes se han dedicado a la filosofía en nuestro país con honestidad y notables capacidades reflexivas y analíticas.